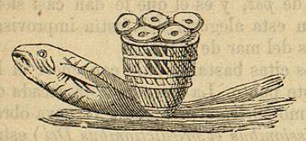
Si ahora se quiere ver esta misma doctrina pintada, échese una mirada sobre los admirables frescos recientemente descubiertos en el cementerio de Calixto. A falta de los originales, porque no es dado á cada cual hacer un viaje para contemplarlos en esas criptas sagradas, se encontrará una excelente copia al frente de la sabia disertación de M. De'Rossi, ya varias veces citada, y de la que apenas hacemos aquí más que indicar lo esencial; y á este tenor no podrá menos de convencerse cualquiera de que escritores y artistas han visto en ellos las mismas alegorías; que los unos y los otros han querido, por el doble emblema de los panes y de los peces, representar al espíritu y á los ojos, no una unión cualquiera del fiel con Jesucristo, sino más bien esa unión sublime é íntima que se establece por medio del alimento eucarístico. Siguiendo á nuestro ilustre guía, vamos, pues, á pasar revista rápidamente á esas pinturas. Y para darnos cuenta de su inmenso valor dogmático, en cuanto al augusto misterio objeto de estas investigaciones, debemos notar desde luego que, por su estilo lleno de gusto, así como por la relativa perfección de su ejecución, se colocan bien cerca del bello siglo del arte romano, es decir, en una época en la que para nosotros es de tan alta importancia encontrar la impresión, ó mejor dicho, la expresión típica de nuestras creencias, en la primera mitad del siglo III.

En dos cámaras fúnebres vecinas de la cripta de San Cornelio, tan célebre ya por los preciosos descubrimientos de M. De'Rossi, es donde se encuentran las pinturas en cuestión. Otras cámaras que se abren en la misma galería tienen también frescos, de los que no trataremos, primero, porque están muy alterados, y después, porque reproducen los mismos asuntos que los primeros. En las paredes de una de éstas se ve, dos veces trazada, la figura de un pez nadando en las olas, y que lleva sobre el lomo una cesta con panes en la parte



superior, y dentro, un objeto rojo y prolongado que se distingue perfectamente á través del enrejado de la cesta, cuyo objeto no puede ser sino un vasito de cristal lleno de vino. Esta ampolleta está marcada en nuestro grabado por una tinta más pronunciada. El conjunto de este inapreciable monumento, ¿no es la traducción exacta de este pasaje de San Jerónimo (*Ep. ad Rustic.*, n. XX) al retratar la costumbre que tenían los primeros cristianos de llevar consigo el cuerpo del Señor en una cesta, y su preciosa sangre en un vaso de cristal? *Nihil illo ditius qui corpus Domini in canistro vimineo, et sanguinem portat in vitro.* Aquí hay un doble símbolo de Cristo: el pan y el pez. Tenemos para probarlo estas palabras de San Paulino con motivo de Nuestro Salvador: *Panis ipse verus et aquæ vivæ piscis* (Epist. XIII, *Ad Pammach.*, § 11). El pez, personificación del Redentor, lleva y presenta á los hombres el pan y el vino, los dos elementos bajo los cuales ha querido darles su cuerpo y su sangre.

Esto es bastante evidente, según creemos, y *ad abundantiam juris* sólo debemos observar, con el sabio anticuario romano (ἴχθυς, página 21), que los panes que figuran aquí no son los panes ordinarios llamados *decussqti*, sino una especie de galletas cocidas bajo la ceniza, designadas entre los romanos con el nombre bárbaro de *mamphula* ó *panes siriacos*, especie de panes sagrados que los Orientales, y en particular los Judíos, tenían costumbre de ofrecer á sus sacerdotes como primicias del pan.

Pero las demás pinturas del mismo cementerio, de la misma época y probablemente de la misma mano, vienen á dar claridad definitiva al principio mismo que queremos establecer. En primer término se ve en una bóveda una mesa en forma de elegante trípode, cubierta con tres panes y un pez y colocada en medio de siete cestitas llenas de panes (véase Ἰχθυς, tav. I, n. 1). Sabemos que en la antigüedad cristiana la Eucaristía se llamó siempre por antonomasia *la mesa del Señor*. Luégo la presencia en ésta de los panes y de los peces en el sentido que nosotros hemos fijado suficientemente, pensamos que completa de tal modo su significación eucarística, que no podría concedérsele ningún otro significado.

Sin embargo, los asuntos representados en la cámara vecina vienen todavía á corroborar las inducciones que hemos sacado de las precedentes pinturas. Se ve allí, en primer término, uno de los festines cuyos platos se componen de pan y de peces fritos (Ἰχθυς, tav. I,

n. 1), de cuyo asunto hemos dado más arriba suficientes detalles. Vese después (tav. I, n. 2) una mesa exactamente igual á la mesa solitaria que hemos visto en la cámara anterior, pero con detalles interesantes por lo nuevos. Sobre la mesa hay un pan y un plato que contiene un pez, siempre los mismos emblemas; pero á un lado de este *altar*, un personaje que

está de pie, vestido con solo el *pallium* (ó quizás mejor con el *colobium*), que le deja descubierto el brazo y el costado derechos, impone las dos manos sobre estas ofrendas; y al otro lado una mujer, igualmente de pie, levanta los brazos al cielo (véase este asunto en el artículo *Misa*).

El que no vea allí, dice M. De'Rossi, la consagración eucarística, está completamente ciego; porque esta mesa no está aislada como la otra, que los indicios más ciertos nos autorizan, no obstante, á interpretar como la de la Eucaristía; pero aquí tenemos un asceta, ó por mejor decir, un sacerdote vestido con el *pallium* á la manera de los filósofos, que impone las manos, movimiento al cual es imposible, en vista sobre todo de la naturaleza de los objetos depositados sobre la mesa, dar otro sentido que el de la consagración. Está delante de la mesa una mujer que ora y que puede ser la imagen, ya de la persona cuyos restos descansan en el *cubiculum*, ya, y quizás con más razón, la de la Iglesia ofreciendo el sacrificio, juntamente con el ministro de Jesucristo, que también es el suyo (véase el artículo *Iglesia*).

Pero no es en Roma únicamente donde se descubren estos signos eucarísticos; el lenguaje de las demás Iglesias concuerda, de maravilloso modo, con los monumentos figurados de la ciudad eterna. La doctrina de la ilustre Iglesia de Lión, en esta materia, se encuentra expresada con sin igual claridad en la famosa inscripción griega de Autun. Después de haber mencionado el Bautismo, he aquí lo que dice de la Eucaristía; y conviene observar que, divididas las opiniones en cuanto á varios otros fragmentos de este mármol, por desgracia muy mutilado, todos los sabios están unánimes en la interpretación de estos dos versos, que nos permitiremos citar en latín: *Salvatoris sanctorum dulcem sume cibum, ede et bibe..... piscem in manibus tenens*, «toma el dulce alimento del Salvador de los santos, come y bebe, teniendo el pez en tus manos.»

He aquí, pues, una de las más antiguas Iglesias de la cristiandad, que expresa con las palabras más claras lo que la de Roma fijó, por el pincel de sus artistas, en las paredes de las cámaras sepulcrales á fines del siglo II, á saber: que el dulce manjar *del Salvador*, esta oblación sagrada de que los cristianos *comen* y *beben*, no es otra cosa que el ἴχθυς, el pez celestial οὐράνιον ἴχθυν. En el epitafio que destinaba á ser grabado en el obelisco de su tumba, Abercio, obispo de Hierápolis, en Frigia, en tiempo de Marco Aurelio, habla también de este pez divino que ha tomado una *Virgen inmaculada*, y que ella entregó á los amigos para que lo comiesen. Citamos estas admirables palabras, según la versión latina de dom Pitra (*Spicileg. Solesm.*, t. III, pág. 534): ‖ *et apposuit cibum, ex uno fonte piscem*, ‖ *Fides namque singulis produxit: prægrandem, impollutum, quem apprehendit immaculata Virgo, et tradidit amicis ex integro comedendum.*

El testimonio de la Iglesia de Africa, que habla por el órgano de San Agustín, no es menos formal. Este Padre designa la Eucaristía con estas misteriosas palabras (*Confess.*, t. XIII, 23): (*Solemnitas*) *in qua ille piscis exhibetur, quem levatum de profundo terra pia comedit*, «el sacramento por el cual este pez divino, que ha sido pescado en medio del mar, sirve de alimento á toda alma piadosa.» Nadie hubiera comprendido estas palabras si no hubiese sido costumbre en la Iglesia de Africa designar el alimento eucarístico con el nombre misterioso de pez. Aunque los monumentos figurados sean más raros en otros puntos que en Roma, M. De'Rossi señala, sin embargo, en un mármol de Rávena (mármol, no obstante, de un cristianismo dudoso) un pan entre dos peces; y en un mosaico cristiano de Pésaro, cestitas de panes mezclados con peces solitarios (ἴχθυς, pág. 20). No podría, pues, dudarse que el ἴχθυς, bien lleve sobre el dorso el pan y el vino, bien descanse con panes en aislada mesa, ó ya figure debajo de la mano del sacerdote consagrante ó sobre una mesa á la que están sentados siete convidados, no debe ser considerado como la imagen misteriosa ó simbólica de Jesucristo en la Eucaristía.

III. No debemos olvidar algunos monumentos más antiguamente conocidos, y en los cuales sería difícil no hallar alusiones más ó menos directas al augusto misterio que nos ocupa.

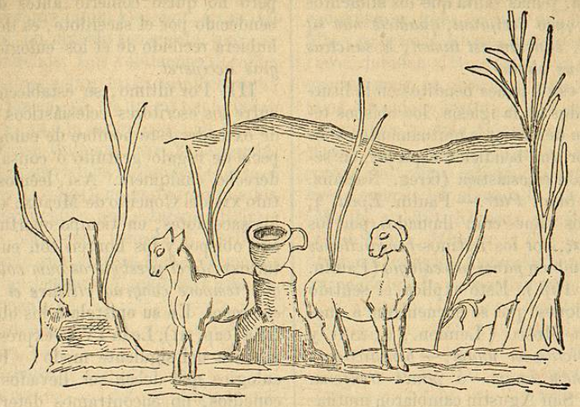
1.º Bosio había descubierto en el cementerio de los Santos Marcelino y Pedro una representación de festín que no tiene las condiciones ordinarias y que presenta circunstancias misteriosas dignas de fijar la atención del anticuario. Se ve en ella una mujer sola, con la simple túnica, cubierta la cabeza según el tipo consagrado (véase el artículo *Representaciones de comidas*), sentada en una mesa en forma de cuadrilongo, cubierta con un mantel, y sobre la cual están colocados tres panes y tres tazas con una sola ánfora (véase Bosio, tav. CXXIX). Con la mano derecha hace esta mujer un gracioso movimiento de invitación, y con la izquierda toca el borde del ánfora, como para indicar la bebida que contiene y que desea distribuir. En cada uno de los extremos de la mesa un servidor se mantiene de pie. El primero presenta una copa á un hombre que se acerca á él, con los hombros cubiertos de una corta *penula*, y que tiene un bastón en la mano, cosas las dos que denotan un viajero (véase el artículo *Penula*). El segundo servidor llama con la mano á otro personaje muy semejante por el vestido y la actitud al primero. Obedeciendo á su preocupación habitual, los antiguos arqueólogos (véase Bottari, t. II, pág. 176) no ven aquí sino una agapa.

Pero si se examina atentamente esta pintura, es imposible no descubrir en ella un pensamiento más sublime. La composición, según el abate Polidori (*Conviti.—Amic. catt.*, VIII, página 294 seqq.), estaría calcada en el capítulo IX del libro de los *Proverbios*, y evidentemente relativo á la Sagrada Eucaristía. En efecto, se lee en este pasaje que la Sabiduría, habiéndose construído un palacio suntuoso sostenido por siete columnas, quiso, para ofrecer á los hombres un saludable alimento (véase el artículo *Refrigerium*), preparar allí una mesa provista en abundancia de pan y de vino; envió servidores para convidar á los pobres y á los ignorantes á que tomaran su parte del alimento que les había preparado, y que debía hacerles salir de la infancia, vivir la verdadera vida y marchar por las vías de la prudencia: *Relinquite infantiam, et vivite, et ambulate per vias prudentiæ* (*Prov.*, IX, 6). Además, según la doctrina de los Padres, y en particular de San Cipriano (*Epist.* LXIII, *Ad Cæcil.*), la Sabiduría es el Verbo encarnado; el palacio que construyó, es la Iglesia; las columnas son, respecto al Antiguo Testamento, los profetas, y los Apóstoles respecto al Nuevo (el número siete es un número indefinido en el estilo de los Libros Santos, y empleado para significar una cosa perfecta): los servidores enviados para llevar las invitaciones son los ministros de la divina palabra; el pan y el vino, es la divina Eucaristía bajo las dos especies; por último, los invitados, que en la pintura en cuestión están representados por viajeros, son la imagen de los hombres que viajan por los senderos de la vida presente.

2.° Passeri (*Gem. astrif.*, t. III, pág. 289) propone una explicación quizás más ingeniosa todavía, de un fondo de vaso que Marangoni había encontrado, teñido de sangre por dentro y por fuera, fijado en la tumba de un cristiano del cementerio de San Saturnino (*Cose gent.*, página 373). Cerca de uno de los bordes de este vaso se ve un niño vestido con una simple túnica, sentado en una mesa baja en la que se ven algunos panes en un plato; extiende la mano derecha hacia una mujer joven todavía, de pie en medio del disco, y que en una mano tiene una copa y en la otra un vaso de cuello prolongado. Esta mujer, cubierta con una túnica ancha adornada de cuatro estrellas y marcada con la letra S, inclina ligeramente la cabeza hacia el niño, como para escuchar su petición y satisfacerla. Al borde opuesto del niño, sobre un muro arqueado, se ve una copa grande, detrás de la cual están colocadas cinco tazas sobre un aparador. Se cree que esta interesante composición se refiere, como la precedente, al mismo pasaje de los *Proverbios*. Se lee en ellos: «Si alguno es pequeño, que venga á mi» (V, 4), y en efecto, aquí aparece un niño en la mesa. Se dice allí: «Comed mi pan, y bebed el vino que yo os he escanciado» (V, 5), y se ven sobre la mesa panes, y en los vasares del aparador, vasos encima de una gran copa. Luego todo esto es obra de la *Sabiduría divina*, que está personificada aquí por la mujer joven de túnica estrellada. Porque, según la observación de Passeri (ibíd., 28), cuantas veces están representadas las estrellas en condiciones análogas, no tienen otra significación que la sabiduría y la majestad del Criador (véase el artículo *Estrellas*). Continuando con nuestra descripción, observaremos que el vestido de está mujer lleva la inicial S, que traduce por *sapientia* (véase el artículo *Monogramas en los vestidos*). Simples vasos conteniendo panes pasan también, con razón sobrada, por un símbolo eucarístico; y no es raro encontrar objetos de este género esculpidos en los sepulcros. He aquí un ejemplo.

3.° La leche, y aun el vaso pastoral llamado *mulctra* ó *mulctrale* (Du Cange. ad h. v.), son también considerados por los anticuarios como símbolos eucarísticos; si bien es cierto que varios documentos muy respetables de la antigüedad cristiana autorizan esta interpretación. Se citan especialmente las actas de Santa Perpétua y de Santa Felicitas. Nuestro Señor, al aparecerse á la primera de estas dos ilustres mártires en su prisión, á fin de sostener su valor, lo hace bajo el aspecto de un pastor que le ofrece leche cuajada, *caseum*, que recibe en sus manos cruzadas (*Ap. Ruinart*, edit. Veron., página 32), y con las ceremonias observadas por los primeros cristianos para recibir la Santa Comunión (véase el artículo *Comunión*).

Todavía se hallará esta opinión más plausible, si se recuerda que San Ambrosio aplica también á la Eucaristía (*De sacr.*, l. V, c. 3) estas palabras del *Cantar* (v. 1): «Yo he bebido mi vino con mi leche.» San Zenón de Verona designa á su vez la Eucaristía con el mismo símbolo, en una exhortación á los neófitos (II, 45): «El Cordero..... ha derramado con amor su dulce leche en vuestros labios entreabiertos y llorosos.» Siendo la leche el alimento de los niños, esta manera de indicar el alimento eucarístico debe ser referente al nombre de niños ó de jóvenes que la Escritura da á los cristianos, *infantes, adolescentuli*, ó todavía *vituli lactentes* (véase Clem. Alex., *Pædag.*, l. I, c. 5 y *passim*). He aquí un fresco de las criptas de Lucina que traduce esta idea de una manera asombrosa (De'Rossi, t. I, tav. XII). Es un vaso de leche sobre una especie de altar ó de cipo, y que tiene á los lados dos ovejas, imágenes de los fieles. Partiendo de este dato Buonarruoti (*Vetri*, páginas 32 y 33), habiendo observado en las catacumbas, en particular en la novena cámara del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro, vasos de la forma de los *mulctræ* pastorales, colocados sobre el lomo de un cordero y rodeados de un nimbo, se creyó autorizado á considerar estos vasos como especies de ciborios usados en la primitiva Iglesia para guardar la Santa Eucaristía. Esta opinión no carece de importancia, pero no se apoya, que sepamos, en ningún testimonio positivo de la antigüedad cristiana (véase el asunto en el artículo *Mulctra*).



4.° La idea tan natural, por otra parte, de emplear el trigo y la vid ó los racimos de uvas como símbolos eucarísticos, no parece haberse realizado en los tiempos completamente primitivos. El primer testimonio escrito, en la materia, es del siglo IX, y los monumentos figurados donde puede sorprenderse la misma intención, no deben remontarse más alla. Hemos citado, sin embargo, al final de nuestro artículo *Viña*, un monumento recientemente descubierto, que nos pone en el caso de modificar este aserto

Las representaciones de la Cena, tan frecuentes después del Renacimiento, y cuyo más ilustre ejemplo es el fresco de Leonardo de Vinci en el refectorio del convento de Nuestra Señora de las Gracias, en Milán, no se encuentran casi nunca en las catacumbas. El único ejemplo conocido de este interesante asunto, es una pintura mural del cementerio de Calixto, que fué transportada al Vaticano y después al museo de Letrán. Nuestro Señor está allí sentado, en medio de sus doce Apóstoles, á una mesa sobre la cual no aparece ningún alimento; tiene en la mano izquierda un volumen enrollado, y con la derecha toca la de San Pedro. Se cree que este monumento es del siglo IV, pero malos retoques, que datan de una época reciente, le han quitado la mayor parte de su valor. M. Perret (vol. I, pl. XXIX) lo ha reproducido tal como se encuentra hoy.

EULOGIOS ó pan bendito.—I. Desde el origen de la Iglesia se estableció la costumbre de bendecir al final de la misa aquellos panes ofrecidos por los fieles, que no habían sido consagrados, porque el diácono ó el subdiácono no ponían sobre el altar sino la cantidad de panes necesaria para el número de personas que debían comulgar. El celebrante, después de haber bendecido los panes, los distribuía, en señal de comunión fraternal, á aquellos que nunca habían participado de los divinos misterios. Se les llamaba por esto *eulogios*, ó en griego ἀντίδωρον, es decir, *compensación* (*Concil. Antioch.*, an. 341, can. II), porque los tomaban en lugar de la Eucaristía.

Conviene observar, no obstante, que el nombre de eulogio fué empleado en un principio para indicar las especies sacramentales, sobre todo entre los Griegos y más especialmente todavía en la Iglesia de Alejandría. San Pablo (1 *Cor.*, X, 16) llama al cáliz de la Eucaristía: τὸ ποτήριον τῆς εὐλογίας, *calix benedictionis;* y San Cirilo de Alejandría no se sirve de otra palabra para designar el pan y el vino consagrados (véase Suicer. *Thes.* ad voc. Εὐλογια).

He aquí cómo se hacía la bendición de los eulogios: Se tomaban panes ácimos, y antes de llevarlos al altar se los colocaba en el *diaconicum*, es decir, en la mesa que se encontraba á la izquierda del santuario, y allí se los bendecía con solemnes oraciones. Después de lo cual se los dividía, con un cuchillo llamado entre los Griegos *santa lanza*, en cierto número de partículas, de las cuales se deducían tantas como eran necesarias para el número de los comulgantes. En sus opúsculos, Allegranza (enfrente de la pág. 35) publica el dibujo de uno de estos cuchillos eucarísticos, de una forma muy elegante, y cuyo mango está adornado de bajos relieves en extremo curiosos (véase este objeto en nuestro artículo *Lanza*).

Desde el siglo IV, entre los Latinos se daba á los catecúmenos, que como tales estaban excluídos de la comunión, *este pan eulógico* (Agustín. *De peccat. merit.*, II, 26), que fué